
Carta abierta al obispo de Málaga

Pope Godoy

Estimado don Antonio: Regreso a mi casa tras la celebración de la *XII Semana Andaluza de Teología* que ha tenido lugar ahí en Málaga. Sigo rumiando el “incidente” que supuso la celebración de la Eucaristía. Necesito expresar de forma pública los sentimientos que se me iban agolpando durante aquella celebración y los comentarios que oí aquella noche y al día siguiente.

Verá, don Antonio: Como ya sabe, el tema de la Semana de Teología era “*Las mujeres en la Iglesia*”. El protagonismo era de ellas, las ponentes eran todas mujeres y un colectivo de mujeres había preparado la Eucaristía. Ya es tradicional en estas Semanas de Teología la cuidadosa preparación de la Eucaristía como celebración fraternal y festiva, con cantos, palmas y aplausos, si hace falta. Es como una síntesis de lo que se ha tratado durante la Semana, con nuevos textos alternativos que actualizan y rejuvenecen la celebración y con una participación muy activa, gozosa y entusiasta, de toda la concurrencia.

Frente a esta experiencia de tantas otras veces, usted aterrizó allí como un aerolito, desconectado de la dinámica vivida. Sin haber escuchado las interpe-

laciones y hasta los reproches que las mujeres formulaban, con toda elegancia y respeto por otra parte, hacia esta organización eclesial tan patriarcal y tan machista. Sin conocer las alternativas que se iban apuntando y los caminos de esperanza. Eso sí, usted venía atento y celoso a que se cumplieran las “normas litúrgicas”, las directrices emanadas de la curia vaticana. Ésa era su función principal y el objetivo de su presencia.

El resultado fue deplorable. No se molestó, don Antonio. Muy probablemente lo percibió usted mismo, pero sobre todo lo percibíamos quienes estábamos allí, testigos, partícipes o casi sólo espectadoras y espectadores de lo que ocurría. Ya sabrá que en torno a un 25-30% prefirió no participar en la Eucaristía y realizó su celebración de otro modo y en otro lugar.

Lo que allí realizamos con usted fue más una “misa oída” que una “Eucaristía celebrada”. Al terminar, dijo una asistente: –Esta misa ha sido más triste que el funeral de mi hermano. ¡Efectivamente! El comentario más común es que había sido una misa *tristísima* y adormecedora. Una “celebración” donde ya no quedó espacio para la sorpresa y la inter-

pelación. Se nos ofreció un producto perfectamente enlatado y conservado, con todos sus componentes garantizados de proteínas teológicas y sus respectivos conservantes y colorantes... ¡Un fósil! Frente a este producto trasnochado, el colectivo de mujeres había confeccionado una ensalada fresca y exuberante, con productos de nuestra tierra y de primera mano. Es posible que el tomate o la lechuga de huerta no reunieran todos los requisitos de garantía que ustedes exigen, pero tenga la seguridad de que nos hubieran sentado mucho mejor y hasta nos inmunizarían más eficazmente contra los virus de la apatía y el consumismo que nos acechan por todos lados.

¿Qué nos está pasando, don Antonio? Matamos la vida y la alegría. Preferimos los cerrojos a las puertas abiertas. Colocamos las normas por encima de la búsqueda. Seguimos manteniendo que es la persona la que tiene que someterse a la ley. ¡Después de veinte siglos en que Jesús dejó bien sentado todo lo contrario...! Por mi parte, asistí a aquella “misa”, más como espectador dolido y humillado, que como participante activo

y entusiasta. No comulgué. De verdad, no me sentía en comunión, me sentía en imposición. En este contexto, me pareció admirable la elegancia, la adultez y la discreción de quienes asistieron. Personas sencillas y personas más preparadas le dieron una lección de tolerancia y de respeto a quien pretendía ser el representante cualificado del Espíritu, por encima de todas y de todos los demás.

Ya sé que usted cumple normas y directrices. Y esto es justamente lo que lamento: que esas normas y ordenamientos no favorecen ni la adultez, ni el compromiso ni la alegría de este sector, por otra parte tan comprometido, de personas creyentes. En lugar de ilusión, felicidad y entusiasmo, provocamos opresión y abatimiento. ¡Qué lejos de la inyección de esperanza que Jesús introdujo en sus seguidoras y seguidores!

Con todo respeto y cariño,

Pope Godoy

popegodoy@telefonica.net

Andújar 2-11-2004